

su camino por desiertos de arena, la que levantada por el viento cegaba á los soldados, y no ofrecia piso seguro para hombres ni animales. Los rayos verticales del sol reverberaban de un modo insufrible en aquella superficie arenosa, y caian á plomo sobre las corazas de hierro y las chaquetas acolchadas de los soldados, hasta que el calor casi sofocaba á las desmayadas tropas. Para colmo de sus males, se desarrolló en el pequeño ejército una estraña epidemia, que consistia en llenarse todo el cuerpo de úlceras ó mas bien verrugas asquerosas, que si se cortaban, como hicieron algunos, causaban una hemorragia peligrosa. Muchos murieron de esta terrible enfermedad, que atacaba de un modo tan repentino, é iba acompañada de tal postracion, que los que se acostaban sanos por la noche, á la mañana siguiente apenas podian mover un brazo.²¹ Esta epidemia, que apareció entonces por primera vez, y despues no ha continuado sus estragos, se extendió por todo el pais, sin perdonar Indios ni blancos.²² Fué uno de aquellos azotes que el ángel exterminador, que sigue las huellas de los conquistadores, descarga sobre las naciones que han provocado la cólera del cielo.

Pocas veces experimentaron los Españoles

²¹ Naharro, Relacion Sumaria, MS.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Montesinos, Anales, MS., año 1530.

²² Garcilaso, Com. Real, Parte 2, lib. 1, cap. 15.

resistencia, ni aun molestia, de parte de los naturales, quienes aleccionados con lo ocurrido en Coaque, se huian con sus bienes á los bosques y montañas vecinas. Nadie salia á recibir de paz á los estrangeros ni á practicar con ellos los deberes de la hospitalidad, como en su primera venida. Ya no miraban á los blancos como á seres benéficos bajados del cielo, sino como asesinos crueles que invulnerables á los ataques de los Indios, cabalgaban en unos animales feroces mas ligeros que el viento, y con sus armas de fuego esparcian el terror y la desolacion por donde pasaban. Esta fama que precedia por todas partes á los invasores, les enagenaba las voluntades de los indígenas, quienes manifestaban abiertamente su odio, ya que no podian oponer ninguna resistencia. Los soldados de Pizarro rendidos por las enfermedades y las fatigas del viage, y desengañados, bien á su costa, de que la pobreza de la tierra no bastaba á compensar sus trabajos, maldecian la hora en que se habian alistado en sus banderas, y principalmente los de Nicaragua, dice un antiguo cronista, recordaban la buena vida que pasaban en aquella tierra de promision, y suspiraban continuamente por volverse al paraíso de Mahoma.²³

²³ "Aunque ellos no ninguno Mahoma que era Nicaragua y habian por haber venido, porque como llaron la isla alzada y falta de como habian dejado el paraíso de midas, y la mayor parte de la

En esta situación se encontraban los del ejército cuando tuvieron el gusto de ver llegar un buque de Panamá que traía algunos refrescos, y además al tesorero, veedor, contador y otros oficiales reales nombrados para acompañar la expedición, y que no habían venido con Pizarro por la precipitación con que este se embarcó. El Consejo de Indias tan luego como supo esto, despachó órdenes á Panamá para que no dejasen salir de allí los buques, pero el gobierno español, con mas cordura, revocó la orden, y se limitó á recomendar á los nombrados que apresurasen su marcha para ir cuanto antes á ocupar su puesto en la expedición.

Para entonces habían llegado ya los Españoles á Puerto Viejo, á donde se les reunió en breve otro pequeño destacamento mandado por un tal Belalcázar, quien se distinguió despues mucho en estas campañas. Varios de los compañeros de Pizarro se hubieran quedado allí de buena gana para fundar una colonia; pero aquel capitán pensaba mas bien, á lo menos por entonces, en conquistar que en colonizar, y así se propuso, como primera providencia, apoderarse de Tumbes que miraba como la llave del Perú. Continuó, pues, su marcha hasta las costas de lo que ahora se llama golfo de Guaya-

gente enferma, y no oro ni plata ver de adonde habían venido." como atrás habían hallado, algu- Pedro Pizarro, Descub. y Conq. nos y todos se holgaran de vol- MS.

quil, y llegó frente á la isleta de Puna, situada á corta distancia de la bahía de Tumbes. El se figuraba que esta isla seria un punto muy conveniente para acampar, mientras llegaba el momento oportuno de dar sobre la ciudad de Tumbes.

Los habitantes de la isla parecían bien dispuestos á ayudarle, porque tan luego como supieron que se hallaba cerca, el cacique y algunos Indios principales pasaron en balsas á tierra firme para ir á dar la bienvenida á los Españoles. Pero los intérpretes tumbecinos que habían vuelto de España con Pizarro, y continuaban en el campo, le previnieron contra la traición que meditaban los Isleños, á quienes acusaban de querer acabar de una vez con todos los Españoles, cortando las cuerdas que sujetaban los maderos de las balsas, para que se ahogasen cuantos iban en ellas. Mas cuando Pizarro echó en cara al cacique su perfidia, este la negó con tales veras, que sin vacilar mas el gefe español, se puso en sus manos con sus compañeros, y desembarcaron sanos y salvos en las riberas de Puná.

Allí le recibieron con mucha hospitalidad, y le proporcionaron cómodo alojamiento para sus tropas. Contentó de tal modo á Pizarro aquella posición, que se decidió á mantenerse en ella hasta que pasase la fuerza de las aguas, para

cuyo tiempo contaba que se habrian aumentado sus fuerzas lo bastante para poder penetrar con con mas facilidad en el imperio de los Incas.

La isla de Puná, situada en la desembocadura del rio de Guayaquil, tiene cosa de ocho leguas de largo y cuatro en su mayor anchura. En aquel tiempo estaba cubierta una parte de magníficos bosques, y la otra reducida á cultivo, y cubierta de plantios de cacao, patatas y otros diversos productos de los trópicos; desde luego se echaba de ver que eran obra de una poblacion industriosa é inteligente en la agricultura. Los habitantes eran muy belicosos; pero sus enemigos los Peruanos les habian marcado con el epíteto de "traidores." La misma mancha arrojan los historiadores romanos, quizá sin mas razon, sobre sus enemigos los Cartagineses. Los indómitos y atrevidos Isleños hicieron una obstinada resistencia á las armas de los Incas, y aunque al fin habian cedido, se mantenian siempre en discordia y á veces en guerra abierta con sus vecinos de Tumbes.

Apenas supieron estos últimos la llegada de Pizarro á la isla, cuando confiados seguramente en sus antiguas relaciones amistosas, pasaron á visitar á los Españoles en sus cuarteles. La presencia de sus aborrecidos rivales no fué muy agradable á los zelosos habitantes de Puná, y ya se les hacia pesado que los blancos prolon-

gasen tanto su residencia en la isla. Continuaban dándoles, sin embargo, las mismas muestras exteriores de benevolencia; pero los intérpretes de Pizarro volvieron á amonestarle que se guardase de la perfidia proverbial de sus hospedadores. Prevenido ya contra ellos el ánimo del gobernador con este aviso, vinieron á decirle que los gefes se reunian para fraguar un plan de insurreccion, y sin dar lugar á que reventase la mina cercó el lugar en que estaban congregados, é hizo prisioneros á todos los caciques sospechosos. Hay escritor que dice que confesaron su delito;²⁴ pero esto no está averiguado, así como tampoco el que meditasen semejante levantamiento. El hecho en sí no deja á la verdad de ser bastante probable, aunque la declaracion de los intérpretes enemigos, es de muy poco peso en este caso. Lo cierto es que á Pizarro no le quedó duda de que existía la conspiracion, y sin mas exámen entregó los infelices prisioneros, que serian hasta diez ó doce, á la crueldad de sus rivales de Tumbes, quienes inmediatamente los degollaron á su propia vista.²⁵

Con este insulto llegó á su colmo el furor de

²⁴ Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 183.

²⁵ "Y el marques don Francisco Pizarro por tenellos por amigos y estuviesen de paz cuando allá pasasen, les dió algunos

principales, los cuales ellos mataban en presencia de los Españoles, cortándoles las cabezas por el cogote." Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

los habitantes de Puná, corrieron á las armas y se echaron llenos de desesperacion sobre el campo de los Españoles, dando horribles alaridos y profiriendo espantosas amenazas. Tenian en su favor la ventaja del número, porque eran algunos miles; pero sus contrarios contaban con las que dan las armas y la disciplina, y asi es que cuando los Indios asaltaron en tropel, los Castellanos les recibieron sin desordenarse con sus largas lanzas, y les barrieron con las descargas de sus arcabuces. Las cortantes espadas de los Españoles destrozaban fácilmente sus cuerpos desnudos, y poniéndose Hernando Pizarro á la cabeza de la caballería, les dió una atrevida carga y les desparramó por todo el campo, hasta que al fin el temible escuadron de acerados ginetes, y el estallido y el humo de las armas de fuego, les llenaron de terror y se pusieron en fuga, yendo á esconderse en la espesura de los vecinos bosques. Mas la victoria se debió en parte, si hemos de dar crédito á los conquistadores, á la intervencion del cielo, porque durante la batalla se vió en el aire á San Miguel con sus ángeles, luchando con el enemigo capital del género humano, y alentando á los cristianos con su ejemplo.²⁶

²⁶ La ciudad de San Miguel auténtico del milagro el hecho fué llamada así por Pizarro en memoria de este suceso. No hablará quien mire como testimonio de existir una ciudad de este nombre.—“En la batalla de Puná vieron muchos, ya de los Indios,

Solo tres ó cuatro Españoles sucumbieron en el combate; pero muchos salieron heridos y entre ellos Hernando Pizarro, quien recibió en la pierna un peligroso golpe de jabalina. No terminó la guerra con aquella batalla, porque los rencorosos isleños aprovechaban la obscuridad de la noche ó el menor descuido de sus contrarios, para salir silenciosamente de sus guaridas y encajarse en el campo enemigo, cortando al mismo tiempo las partidas sueltas, interceptando las provisiones, y manteniéndoles en continua alarma.

En tan desagradable situacion se encontraban los Españoles, cuando la vista de dos bajeles les llenó de regocijo. Venia en ellos un refuerzo de cien voluntarios y algunos caballos para la caballería, conducido todo por Hernando de Soto, capitan que despues se hizo tan famoso por haber descubierto el Mississippi, cuya magestuosa corriente nos oculta aun el lugar de su sepultura; (*) mausoleo digno de las cenizas

ya de los nuestros, que habia en el aire otros dos campos, uno acaudillado por el Arcángel San Miguel con espada y rodela, y otro por Luzbel y sus secuaces: mas apenas cantaron los Castellanos la victoria, huyeron los diablos, y formando un gran torbellino de viento se oyeron en el aire unas terribles voces que decian, Vencistenos! Miguel ven-

cistenos! De aquí tomó D. Francisco Pizarro tanta devocion al santo Arcangel, que prometió llamar la primera ciudad que fundase de su nombre; cumpliólo asi como veremos adelante.” Montesinos, Anales. MS., año 1530.

(*) Cuando en 1543 murió en la Florida el Adelantado Hernando de Soto, sus compañeros le dieron sepultura; pero recelán-

que encierra y monumento eterno de su gloria.²⁷

Vinole perfectamente á Pizarro este refuerzo, porque estaba ya muy disgustado de verse en aquella isla, donde no sacaba provecho alguno de las continuas fatigas que se veia obligado á soportar. Con este auxilio, ya se consideraba bastante fuerte para pasar á la tierra firme y comenzar las operaciones militares, en el verdadero teatro de las conquistas y descubrimientos. Los Indios de Tumbes ya le habian dicho que el pais se habia visto agitado mucho tiempo por guerras civiles entre los dos hijos del difunto monarca que aspiraban al trono. Parecióle muy importante esta noticia, porque no habia olvidado el partido que sacó Cortés de disensiones semejantes entre las naciones de Anahuac. Por lo que se advierte, Pizarro tuvo á la vista el ejemplo de su ilustre predecesor, no solo en esta ocasion, sino en otras muchas. Pero siempre se quedó muy inferior á su modelo, porque

do que los Indios exhumasen el cadáver para ultrajarle, como ya habian hecho con otros, resolvieron sacarle y echarle al fondo del rio, encerrado en un tronco de árbol con algunas piedras, y así lo verificaron. Garcilaso, La Florida, lib. 4, parte 1, cap. 8.—Herrera, Hist. General, dec. 7, lib. 7, cap. 3.—*N. del T.*

²⁷ Los sucesos de Funá se

encuentran referidos con mas ó menos estension en Naharro, Relacion Sumaria, MS.—Conq. y Pob. del Piru, MS.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Montesinos, Anales, MS., ubi supra.—Relacion del Primer Descub., MS.—Xerez, Conq. de Peru, ap. Barcia, tom. III, pp. 182, 183.

apesar del esfuerzo que muchas veces hacia para contenerse, su indole mas áspera, y su carácter mas feroz le arrastraban con frecuencia á acciones tan opuestas á la buena política, que jamas se las habria permitido el Conquistador de Méjico.